

S.T.

SOBRE EL AMOR

Un extracto de su
monumental estudio

"CONOCIMIENTO DE LA NUEVA ERA", BUENOS AIRES,
Nº 408, Dic. 1971

por PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

El amor es la más universal, la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas. Luego de pasos a tientas seculares, las instituciones sociales la canalizaron y limitaron exteriormente. Utilizando esta situación, los moralistas buscaron reglamentarlo, —sin exceder en sus constricciones, por otra parte, el nivel de un empirismo elemental donde se arrastran las influencias de conceptos perimidos sobre la materia y los rasgos de antiguos tabús. Socialmente se pretende ignorarlo en la ciencia, en los negocios, en las asambleas, mientras se halla subrepticamente en todas partes. Inmensa, siempre insumisa, parece que hemos abandonado el comprender y captar esta fuerza salvaje. Se la deja pues (y se la siente) correr por todas partes, debajo de nuestra civilización, pidiéndole solamente divertirnos o no perjudicarnos... ¿Es realmente posible que la humanidad siga viviendo y creciendo sin interrogarse francamente sobre cuanto pierde en verdad y fuerza en su increíble poder de amar?

Desde el punto de vista de la

evolución espiritual, que admitimos, nos parece posible dar un nombre y un valor a esta extraña energía del Amor. ¿No sería, sencilla y esencialmente, la atracción misma ejercida sobre cada elemento consciente por el Centro en formación del universo? ¿El llamado a la gran unión, cuya realización es el único asunto actualmente en curso en la naturaleza?... En esta hipótesis, según la cual (conforme a los resultados del análisis psicológico) al Amor sería la energía psíquica primitiva y universal, ¿no se aclara todo para nosotros, para la inteligencia y la acción? Es posible buscar la reconstrucción de la historia del mundo desde afuera, observando en sus procesos diversos, el juego de las combinaciones atómicas, moleculares o celulares. Es posible intentar, con más eficacia aún, este mismo trabajo desde adentro, siguiendo los progresos graduales y notando las etapas sucesivamente recorridas, por la espontaneidad consciente. La manera más expresiva y más profundamente verdadera de relatar la evolución universal sería sin duda dibujar la evolución del Amor.



DESDE EL AMOR PRIMITIVO

En sus formas más primitivas, en la vida apenas individualizada, el Amor se distingue difícilmente de las fuerzas moleculares: químicas, táctiles, podría creerse. Luego, poco a poco, se desentraña, para quedar confundido durante largo tiempo aún, con la simple función de reproducción. Sólo con la humanización se revela, por fin y recién entonces, el secreto y las virtudes múltiples de su violencia. El Amor "humanizado" se distingue de todo otro amor porque el "espectro" de su cálida y penetrante luz se enriqueció maravillosamente. No es ya sólo la atracción única y periódica en vista de la fecundidad material; sino una posibilidad, sin límite y sin descanso, de contacto por el espíritu mucho más que por el cuerpo: antenas infinitamente numerosas y sutiles que se buscan en los delicados matices del alma; atracción de sensibilización e integración recíprocas, donde la preocupación de salvar la especie se funde gradualmente en la embriaguez más vasta de consumir, de a dos, un mundo. Hacia el hombre, a través de la mujer, es en realidad el universo que avanza. La sola cuestión (cuestión vital para la Tierra) es que se reconozcan.

Si el hombre no reconoce la naturaleza verdadera, el auténtico objeto de su amor, es el profundo e irremediable desorden. Encarnizado en satisfacer en una cosa demasiado pequeña una pasión que

se dirige al todo, buscará forzosamente llenar mediante la materialidad o la multiplicidad siempre acrecentada de sus experiencias, un desequilibrio fundamental. Vana tentativa, —y a los ojos de quien entrevé el valor inestimable del "quantum espiritual" humano, espantoso desperdicio—. Dejemos de lado toda impresión sentimental y todo escándalo virtuoso. Miremos fríamente, en biólogos o ingenieros, la atmósfera rojiza de nuestras grandes ciudades, de noche. Allí, —y además en todas partes—, la Tierra quema "al aire libre". ¿Cuánta energía se pierde, piense usted, en una noche para el espíritu de la Tierra...?

Que el hombre, inversamente, perciba la realidad universal que brilla espiritualmente a través de la carne.¹ Descubrirá entonces la razón de lo que hasta entonces desilusionaba y pervertía su poder de amar. La mujer es frente a él como la atracción del mundo. Sólo podrá abrazarla al crecer a su vez a la medida del mundo. Y porque el mundo es siempre más grande y siempre inacabado y siempre adelantado a nosotros, —el hombre se encuentra empeñado en una conquista sin límites del universo y de sí mismo para sujetar su amor. En este sentido, el hombre sólo puede alcanzar a la mujer en la consumición del amor

¹ Este concepto tiene una profunda similitud con la imagen dada por Paramahansa Yogananda que compara al cuerpo con una lámpara que irradia luz cuya intensidad esta condicionada por el grado de evolución y pureza.

→ universal. El Amor es una reserva sagrada de energía; la sangre misma de la evolución espiritual: he aquí lo que nos revela en primer lugar, el sentido de la Tierra.

FUNCION DEL SEXO

La atracción mutua de los sexos es un hecho tan fundamental que toda explicación (biológica, filosófica o religiosa) del mundo que no le diera un lugar esencial por construcción sería virtualmente condenada. Dar semejante lugar a la sexualidad es especialmente fácil en un sistema cósmico fundado sobre la unión. Pero aún, habría que definirla claramente, tanto en el futuro como en el pasado. ¿Cuál es pues exactamente el sentido esencial del amor-pasión en un universo con sentido personal?

En las formas iniciales y hasta muy alto en la vida, la sexualidad parece identificada con la propagación. Los seres se acercan a fin de prolongar, no a sí mismos, sino lo que ganaron. Esta unión entre la pareja y la reproducción es tan íntima que filósofos como Bergson creyeron ver un indicio de que la Vida existía en mayor medida que los vivos; y que religiones tan perfeccionadas como el cristianismo han basado hasta aquí casi todo el código de su moralidad sobre el niño.

Las cosas se descubren totalmente distintas desde el punto de vista hacia el cual nos conduce el análisis de un cosmos de estructura convergente. Que la sexualidad

haya tenido en primer lugar la función dominante de conservar la especie está fuera de duda, —mientras no se haya establecido en el hombre la condición de personalidad. Pero a partir del punto crítico de humanización, otro papel, más esencial, correspondió al amor, —papel cuya importancia empezamos a percibir: quiero decir la síntesis necesaria de dos principios, masculino y femenino en la edificación de la personalidad humana. Ningún moralista ni ningún psicólogo dudó jamás que los conyuges hallasen una complementación mutua en el juego de su función reproductora. Pero esta realización se consideraba hasta ahora sólo como un efecto secundario, accesoriamente ligado al fenómeno principal de la generación. Si no me equivoco, de conformidad con las leyes del universo personal, la importancia de los factores referentes a nosotros, tiende a invertirse. El hombre y la mujer para el niño, —todavía y por mucho tiempo mientras la vida terrestre no haya llegado a su madurez—; pero el hombre y la mujer el uno por el otro, de más en más y para siempre.

A fin de establecer la verdad de esta perspectiva, no puedo hacer otra cosa ni mejor que acudir al único criterio que guía nuestros pasos en el curso del presente estudio: o sea la mayor coherencia posible entre la teoría con un campo más vasto de la realidad. Diría que si el hombre y la mujer fueran principalmente en razón del

niño, entonces el papel y el poder del amor habrían de menguar a medida que se completa la individualidad humana y que, por otro lado, la densidad de la población se acerca sobre la Tierra a su punto de saturación. Pero si el hombre y la mujer son principalmente el uno para el otro, concebimos que más se humanicen más sienten y tienen por este sólo hecho una creciente necesidad de acercarse. Y en esto y no aquello lo comprobado por la experiencia, —y hay que explicarlo—.

En la hipótesis, aquí admitida, de un universo en vías de personalización, el hecho de que el amor crezca en vez de disminuir, al humanizarse, halla muy naturalmente su interpretación. En el individuo humano, según dijimos más arriba, la evolución no se cierra, sino que continúa más lejos, hacia una concentración más perfecta, ligada a una diferenciación ulterior obtenida mediante la unión. Y diremos que la mujer es precisamente para el hombre, el término susceptible de desencadenar este movimiento hacia adelante. Mediante la mujer y sólo por ella, el hombre puede escapar al aislamiento donde su misma perfección amenaza encerrarlo. Ya no es entonces rigurosamente exacto decir que la malla del universo sea, para nuestra experiencia, la mónada pensante. La molécula humana completa es ya, a nuestra altura, un elemento más sintético y de allí más espiritualizado que la persona-individuo; es una dualidad

incluyendo a la par lo masculino y lo femenino.

Aquí aparece en su amplitud el papel cósmico de la sexualidad. A la par se perciben las reglas que nos guiarán en la conquista de esta terrible energía donde pasa a través de nosotros y en línea directa, el poder que hace converger sobre sí mismo al universo.

LAS REGLAS DEL AMOR

La primera de estas reglas es que el amor, conforme a las leyes generales de la unión creadora, sirve a la diferenciación espiritual de dos seres que acercan. Por lo tanto ni el uno debe absorber al otro, —ni menos aún ambos perderse en los goces de una posesión corporal que significaría la caída en la pluralidad y la vuelta a la nada—. Esto pertenece a la experiencia corriente. Pero sólo se comprende bien con la perspectiva del espíritu-materia. El amor es una conquista azarosa. Sólo se mantiene y se desarrolla, al igual que el universo, mediante un descubrimiento perpetuo. Sólo quienes son conducidos mediante la pasión y el uno por el otro hacia una más alta posesión de su ser, se aman legítimamente. Así la gravedad en las faltas contra el amor no está en ofender no sé que pudor o virtud. Sino que consiste en desperdiciar por negligencia o voluptuosidad, las reservas de personalización del universo. Es este desperdiciar que explica los desórdenes de la "impureza". Y es aún lo

que hace, a un grado más alto del desarrollo de la unión, el origen de una alteración más sutil del amor: me refiero egoísmo de dos.

(...) Cuando entre el gran número de seres, se encuentran dos entre los que es posible un gran amor, tienden inmediatamente a aislarse en la posesión celosa de su mutua realización. Bajo el efecto de la plenitud que los invade, buscan instintivamente encerrarse el uno en el otro, con exclusión de todo el resto. Aún si logran vencer la tentación voluptuosa de la absorción y del descanso, tratan de limitar a su descubrimiento mutuo las promesas del porvenir, como si constituyesen un universo de dos.

Luego de cuanto dijimos respecto a la probable estructura del espíritu, resulta claro que este sueño es sólo una peligrosa ilusión. En virtud del mismo principio que obligaba a los elementos personales "simples" a completarse en la pareja, la pareja a su vez debe perseguir, más allá de sí misma, las integraciones que su crecimiento requiere. Por un lado tendrá que buscar afuera otros grupos de la misma naturaleza para asociarse con la finalidad de centrarse más (...). Por otra parte, el Centro hacia el cual convergen los dos amantes al unirse debe manifestarse su personalidad en el corazón mismo del círculo donde quisiera aislarse su unión. Sin salir de sí, la pareja sólo encuentra su equilibrio en un tercer elemento más adelante que ella. ¿Qué nombre

habrá que dar a este misterioso "intruso"?

Mientras los elementos sexuados del mundo no habían alcanzado el estado de personalidad, la descendencia podía representar por sí sola la realidad donde se prolongaban en alguna forma los autores de la generación. Pero en cuanto el amor empezaba a tener un papel, no sólo ya entre dos padres, sino entre dos personas, fue necesario descubrir más o menos confusamente, más adelante de los amantes, el Término final donde estarían salvadas y consumidas no solamente su raza sino aún su personalidad. Entonces vuelve a comenzar la "caída hacia adelante" cuyas peripecias ya hemos seguido. Paso por paso habrá que ir hasta el final del mundo. Y finalmente es el mismo Centro Total, mucho más que el niño, que aparece como necesario a la consolidación del amor. El amor es una función de tres términos: el hombre, la mujer y Dios. Toda su perfección y su éxito están ligados al armonioso equilibrio de estos tres elementos.

SUEÑO DE LOCOS

...Una noble pasión da alas. De allí que el mejor reactivo para conocer la medida de elevación de un amor es observar cuánto se desarrolla en el sentido de mayor libertad de espíritu. Más un afecto es espiritual, menos es absorbente, y más impulsa a la acción.

(...)

...El amor es el dintel de otro

universo. Más allá de las vibraciones que conocemos, el arco iris de sus matices está aún en pleno crecimiento. No obstante la fascinación que ejercen sobre nosotros los tonos inferiores, es sólo hacia el "ultra" que progresa la creación de la luz. Es en estas zonas invisibles y como inmateriales que nos esperan las verdaderas iniciaciones de la unidad. Las profundidades que atribuimos a la materia son sólo el reflejo de las alturas del espíritu.

Este punto parece pues aclarado por la experiencia y el pensamiento humano.

...Al punto donde llegué, me parece distinguir en mi derredor las dos fases siguientes en la transformación creadora del amor humano. En el curso de la primera fase de la humanidad, el hombre y la mujer, replegados sobre el don físico y los cuidados de la reproducción, desarrollan gradualmente alrededor de este acto fundamental una aureola creciente de intercambios espirituales. Este nimbo era primero una franja imperceptible, poco a poco es hacia él que emigran la fecundidad y el misterio de la unión. Luego, finalmente, el equilibrio se rompe a su favor. Pero en este preciso momento, el centro de unión físico de donde emanaba la luz se revela impotente para sostener nuevos crecimientos. El foco de atracción se proyecta repentinamente, como hacia el infinito, hacia adelante... Y para continuar a abrazarse más allá en el espíritu, los amantes

tienen que dar la espalda al cuerpo para perseguirse en Dios. La virginidad se sobrepone a la castidad como el pensamiento a la vida: mediante una inversión o un punto singular.

Evidentemente semejante transformación no podría ser instantánea sobre la superficie de la Tierra. Requiere esencialmente tiempo. El agua que se calienta no se evapora toda a la vez. En ella la "fase líquida" y la "fase gaseosa" coexisten largamente. Es necesario. Sin embargo, en medio de esta dualidad, existe un sólo acontecimiento desarrollándose, —cuyo sentido y "dignidad" abarcan al conjunto—. Así en el momento actual, la unión de los cuerpos tiene su necesidad y valor para la raza. Pero su cualidad espiritual está ahora definida por el tipo de unión más alta que alimenta, luego de haberla preparado. El amor está en vías de "cambio de estado" en el seno de la noosfera. Y es en esta nueva dirección que se prepara el paso colectivo de la humanidad en Dios.

Así me imagino la evolución de la castidad.

Teóricamente, esta transformación del amor es posible. Basta para su realización que el llamado del centro personal divino sea lo suficientemente percibido como para dominar la atracción natural que tendería a que se precipitasen la una sobre la otra y antes de tiempo, las parejas de mónadas humanas.

No disimulo que prácticamente la dificultad de la tentativa parece ser tan grande que cuanto escribí en estas páginas será considerado como ingenuidad o locura por las nueve décimas partes de los hombres. ¿No es universal y concluyente la experiencia de que los amores espirituales terminaron siempre en el barro? El hombre está hecho para caminar sobre el suelo. ¿Alguien tuvo alguna vez la idea de volar?...

Sí, los locos tuvieron este sueño, contestaré. Y de allí que hoy el aire es nuestro. Lo que paraliza la vida es el no creer, el no osar. Lo difícil no es resolver los pro-

blemas, es plantearlos. Ya lo vemos ahora: asumir la pasión para ponerla al servicio del espíritu sería, según la evidencia biológica, una condición de progreso. Por lo tanto, tarde o temprano, el mundo dará este paso, a pesar de nuestra incredulidad. Porque todo cuanto sea verdadero se produce; (y todo cuando sea mejor termina) por acontecer.

Algún día, luego del éter, los vientos, las mareas, la gravitación, captaremos para Dios, las energías del amor. Y entonces, por segunda vez en la historia del mundo, el Hombre habrá encontrado el fuego.

LA LECHE...

los animales es la estructura ósea. De allí que la leche destinada a un ser humano debe ser evidentemente diferente de la leche destinada a un animal. Dar leche de vaca a un hijo de hombre sin tener en cuenta este orden natural pertenece a la simpleza de espíritu.

El análisis científico actual carece de precisión cuando establece que la leche de vaca es idéntica a la leche humana y tan buena como ésta. La ciencia mide las calorías, las vitaminas, las proteínas, los azúcares, etc... Sin embargo, los hombres de ciencia no saben exactamente cómo la leche de vaca "hace" vacas y la leche humana "hace" hombres. Por ejemplo cuáles son los elementos que, en la

(viene de la pág. 16)

leche, engendran la formación de los cuernos de la vaca (nota de H. A.: ¿exceso de calcio?).

Cuando la ciencia alcance una comprensión más completa de la diferencia existente entre las vacas y los hombres, declarará que la leche de vaca no debe servir de alimento a éstos.

La leche de vaca es para el becerro. Cuando un bebé la toma crece rápidamente físicamente como el becerro. Pero su mentalidad no se desarrolla ni crece. Nuestra constitución y nuestra mentalidad son el resultado de lo que comemos. Por ello sólo debemos depender de la alimentación justa para los hombres... no de la justa para las vacas.